

Secretaría de Prensa

CONFERENCIA DE S.E EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,
D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, EN LA UNIVERSIDAD DE BRASILIA

BRASILIA, 26 de Julio de 1990.

Agradezco muy de veras esta generosa oportunidad de compartir con Uds. en esta alta Casa de Estudios.

En esta ciudad, donde el genio creativo brasileño se manifiesta en toda su riqueza, también se gestó una Universidad para el futuro, que conserva al mismo tiempo las raíces de la tradición humanista que estuvo en los orígenes de la educación superior en Occidente.

En esta hora latinoamericana de renovadas y compartidas esperanzas democráticas, enfrentados como estamos a grandes desafíos para apurar la marcha de nuestros pueblos hacia un amanecer protagónico en el siglo XXI, es oportuno reflexionar sobre la misión de nuestras universidades en los tiempos que vivimos.

Me siento especialmente estimulado a hablaros de lo que es esencial a toda Universidad y a los desafíos que debe encarar en el futuro, ya que sólo en fecha reciente, la Universidad de Chile, de cuya Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales fui por largos años catedrático, se ha reencontrado con sus tradiciones al asumir un nuevo Rector, elegido por sus pares, tras largos años de intervención. Se inició así en ésta, nuestra Universidad madre, como en otras universidades chilenas, la recuperación de la autonomía universitaria, tan esencial a estas corporaciones y única base sólida para el desarrollo de sus actividades con libertad y sentido de servicio público.

Al celebrarse solemnemente ese reencuentro de la Universidad de Chile con su tradición, expresé los desafíos que a mi juicio debería abordar la educación superior, como requisito para reiniciar su marcha, mirando hacia el futuro.

En mi opinión, es imprescindible elevar la calidad de

enseñanza superior que se imparte en nuestros países, de modo de situarla a la altura de los tiempos y de responder a lo que la sociedad espera de estas instituciones. Necesitamos de profesionales, científicos y técnicos en los más variados ámbitos del conocimiento, de las artes y los oficios, que puedan contribuir efectivamente a mejorar el nivel de vida de nuestros pueblos. Debemos consolidar una educación de calidad para el presente y para la apasionante aventura del futuro, al umbral del próximo milenio. Sólo de ese modo podremos modernizar nuestra economía, competir en el mundo y resolver los problemas de nuestras sociedades.

También tenemos que reasumir y renovar las tradiciones de equidad que, en los grandes momentos, inspiraron el crecimiento de nuestra educación superior. Un país que no consiguiera aprovechar todos sus talentos ofreciéndoles las mismas oportunidades educativas de alto nivel, no es digno de llamarse, a sí mismo, democrático.

Ningún joven de estas tierras de América, con capacidad, ansia de saber y voluntad de esfuerzo, debe quedar marginado de las aulas universitarias, independientemente de si cuenta o no con los medios económicos para solventar sus estudios. El Estado debe asumir la responsabilidad de proporcionar a esos jóvenes el respaldo para que puedan prepararse y, así, contribuir con su trabajo creativo al desarrollo de nuestras naciones.

Desde las autoridades nacionales hasta cada uno de los ciudadanos, debemos actuar con responsabilidad en el campo de nuestras habilidades y compromisos, evitando que las instituciones de altos estudios se desvíen de su papel. Deben éstas, en cambio, superar su rendimiento y ganar conciencia de los beneficios de una gestión creativa y eficaz.

Digamos, en suma, que calidad, equidad y eficacia son los tres pilares sobre los cuales debemos levantar el edificio de la educación superior.

Ciertamente esos tres desafíos constituyen las condiciones básicas para colocar un sistema de educación superior en condición de verdadera excelencia y señorío. Pero cabe preguntarse desde esa plataforma inicial, ¿hacia qué horizonte ideal hay que dirigir la mirada? ¿Qué desafíos a largo plazo hay que tener presentes para que la universidad los asuma como tarea propia e insoslayable?

Es alentador verificar cómo hoy en toda América Latina, la opinión pública, los especialistas, los gobiernos y -sobre todas las propias instituciones de educación superior empiezan a discutir y estudiar respuestas a preguntas semejantes.

Vuestra universidad ya ha avanzado en estos caminos, después

de haber sufrido también un largo período de interrupción de la normalidad institucional. Coincidiréis conmigo que la visión de los problemas de trabajo, salud, vivienda y de endeudamiento de nuestras naciones, no pueden hacernos perder de vista la importancia del crecimiento intelectual y espiritual de nuestros pueblos.

Son estos temas -de la educación superior, la ciencia y la cultura- los que entre otros determinan el tipo de desarrollo que estamos buscando y fijan la diferencia radical con los modelos opresivos y alienantes que hemos debido superar.

Es sintomático que en los últimos años se haya creado la imagen de que lo único importante es el equilibrio de la balanza de pagos, el incremento de las exportaciones, o la eficiencia de las empresas. No cabe duda de que ello es muy decisivo y, en la realidad, requisito indispensable para el desarrollo de nuestros países. Pero, indudablemente, la solvencia de nuestra macroeconomía significa sólo crecimiento económico, que a juicio nuestro no es igual al desarrollo nacional. Este último exige, como mínimo, justicia en la distribución de la riqueza e igualdad de oportunidades para el ascenso social.

El otro componente necesario del desarrollo nacional se vincula con la ciencia, el arte, la educación superior y la cultura. Sería falso pensar que los conocimientos y las creaciones artísticas no tienen conexión alguna con el fortalecimiento económico y la justicia social. Pensamos que no sólo de pan vive el hombre y que, fuera de conocer y usar la naturaleza y organizar las relaciones humanas, nos sentimos también inclinados, en un vuelco hacia nuestra autoconstrucción personal, a gozar, valorar, representar y enjuiciar dichas realidades. La expoliación del medio ambiente y los demás efectos reprobables de tecnologías adoptadas sin espíritu crítico, o el deterioro de la convivencia entre los hombres, tan trágicamente reveladas en las transgresiones a los derechos humanos, denotan un grave vacío espiritual y ético.

Así pues, no habrá desarrollo nacional, desarrollo del cuerpo y alma de los integrantes de un pueblo, si no conciliamos un progreso material con justicia social y avance tecnológico con crecimiento espiritual. Y ya que la conciliación de estos elementos no es ajena a la educación, a las ciencias, a las artes y las humanidades que se cultivan en las universidades, digamos entonces que éstas últimas deben asumir con plenitud su insoslayable y clásica misión en este subcontinente americano.

Pero, ¿cuál es la misión que la Universidad debe cumplir en esta hora? No es otra que aquella indeleblemente inscrita en su esencia misma, esto es, humanizar. Tal como en el vientre de la madre el hijo por nacer encuentra el medio protector para acceder más tarde a la luz del mundo, así también, al encaminarse a la

madurez, es en la Universidad, "Alma Mater" por excelencia, el lugar donde la criatura humana, encuentra potencia y brillo para acceder a la plenitud existencial.

La Universidad fiel a su misión no es sólo Alma Mater de la comunidad que está en su interior, sino también de las personas que se sitúan en sus extramuros, y que reciben la fuerza formativa y orientadora de su testimonio.

Es evidente que si queremos progresar con equidad, aumentar nuestra presencia en los mercados y resolver nuestros problemas sociales y económicos más acuciantes, necesitamos aplicar conocimientos e incrementar nuestra potencialidad de generarlos mediante la investigación practicada en las universidades. También debemos esperar que éstas, sin distorsionar su sentido y misión propiamente académicos, puedan vincularse gradualmente con el sector productivo, combinando esfuerzos e inversiones con el apoyo de los Estados y de la cooperación internacional. Sólo de este modo, será posible alcanzar una real comunidad del conocimiento, que sea capaz de continuar innovaciones, que no sufra rezagos ante los avances tecnológicos, que use con toda eficiencia las potencialidades de su gente para abrir camino al desarrollo y a la justicia social.

Hay otra gran tarea, inseparable de la inquietud por la dignidad de la persona humana y que es de especial relevancia para nuestras naciones. Nos referimos a la reconstrucción y fortalecimiento de la Democracia.

La democracia no es sólo un asunto de representación política, de forma de gobierno o de límites impuestos al poder para garantizar las libertades que son el corazón de las civilizaciones modernas. Es mucho más que todo eso: la democracia es un estilo de vida y una forma de participación en el destino colectivo. Es un orden de convivencia y un conjunto de valores e instituciones que necesitamos preservar y enriquecer constantemente.

La democracia descansa en la capacidad de un pueblo para organizarse en múltiples formas asociativas y actuar en función del bien común. Entre ellas, la Universidad ocupa un lugar central, pues representa un modelo de diálogo, de reflexión y de convivencia racional que debe iluminar la vida de la Nación y ofrecerle el aporte concreto de su trabajo, de su investigación, de su enseñanza y de su extensión.

Para que la democracia sea eficaz y sea justa, debe asegurar una verdadera pluralidad de los poderes en la sociedad. La Universidad está llamada a expresar a uno de esos poderes, uno de los más decisivos en la sociedad contemporánea: el poder del conocimiento cultivado con pasión y sabiduría, transmitido a las

nuevas generaciones, aplicado a los procesos sociales y económicos y difundido a todos quiénes se interesan por usarlo y para su perfeccionamiento individual.

Sin universidades fuertes, conscientes de su misión, modernas y eficientes, la democracia sería más pobre y el desarrollo nacional más precario.

Recordemos que la discusión racional no sólo es el nervio vital de la ciencia y la Universidad, sino que su presencia en el campo político decide la calidad democrática de una sociedad.

La cultura es el ámbito donde se crean y se instauran los valores humanos y, por lo tanto, es una dimensión de vida que involucra a todos los habitantes de un país, que les confiere sentido de pertenencia, de proyecto, de comunidad, de nación, y que los vincula con la espiritualidad de todos los seres humanos.

Siendo así, el avance cultural, que envuelve todas las áreas del pensamiento, de las ciencias y de las artes como vías de aproximación a la verdad, al bien y a la belleza, no puede ser ajeno a la acción de la Universidad.

Sólo bajo una libertad real, nacen, se desarrollan y dan fruto las grandes visiones del mundo y de la vida. La cultura requiere de autonomía para florecer. No puede ser dirigida, controlada o censurada. Ella ha de reflejar la pluralidad de gustos y de ideas de los distintos sectores de la sociedad.

Bien sabemos -la experiencia de nuestros países lo ha demostrado- que la vocación intelectual y artística es más poderosa que toda tiranía. El creador se ingenia para romper los eslabones que tratan de encadenarlo. Por eso sólo en democracia la creación cultural encuentra suelo fecundo.

La acción de los Estados debe concurrir a asegurar la libertad y autonomía indispensables para el desarrollo y estímulo de la cultura en las múltiples manifestaciones de la existencia humana. Y como un bien de la humanidad, no podrá ser la cultura privilegio de unos pocos. Debe estar al alcance de todos. Hay aquí, pues, un campo inmenso para el quehacer universitario bajo el resguardo de su autonomía, ya que, como podemos intuir, para la juventud de nuestra América es la Universidad el crisol de humanidad por excelencia.

Tampoco puede faltar en su seno el acento en la recuperación de la cultura autóctona, del pueblo mismo, incluyendo los elementos de las minorías étnicas y las expresiones del mestizaje y de la tradición religiosa. Tampoco debemos olvidar la vinculación esencial de nuestras raíces culturales con los valores

del mundo occidental al cual pertenecemos, especialmente en su vertiente hispano-lusitana. Además, no debieran sernos ajenos los vínculos culturales y en particular artísticos con los países de Europa y, en general, con todas las naciones del orbe. Y en esta hora de grandes acontecimientos en los países del Este, no deberíamos omitir una reflexión profunda sobre tan sorprendente y extraordinario fenómeno.

Por último, pensamos que la gran tarea de humanización de la cultura que la Universidad debe mantener, no puede olvidar su papel ante el problema de la relación del hombre con la naturaleza, el gran problema que ocupa hoy día a los habitantes más sensibles de la Tierra. Nos asiste la convicción de que en la formación de la conciencia ecológica, establecida sobre la base de una ética de la responsabilidad que tome en cuenta las consecuencias futuras de nuestros actos presentes, la Universidad juega un papel clave e insustituible. Sabemos que la generación de tal conciencia no ha sido ajena a economistas, técnicos, juristas, científicos, sociólogos, filósofos, poetas, teólogos, artistas e intelectuales de diversa índole en diálogo intenso, en pos de una solución que concilie los "derechos de la naturaleza", con las aspiraciones de desarrollo de la comunidad humana.

Esta misma Universidad de Brasilia, ubicada en uno de los grandes pulmones del mundo, constituye, estoy seguro, una de esas islas de conciencia que se suma al archipiélago de una tierra que habrá de emerger de las oscuridades de aguas y deshechos dejados en el trayecto de una explotación inmisericorde de los recursos del planeta.

Tengo confianza en que, al aproximarse los 500 años del descubrimiento del continente americano, con la solidez creciente de las instituciones democráticas recuperadas y enfrentados a problemas no sólo urgentes sino además de vastas proporciones históricas, podremos imprimir un nuevo carácter a las relaciones latinoamericanas en el campo de la educación, de la ciencia y tecnología, y de la cultura en general. Ya hay gestiones promisorias para producir la integración económica de grandes regiones de nuestra América Latina. En este un gran paso. Pero no obstante, como gran tarea queda el sueño supremo, más que secular, de una integración que cubra no sólo los aspectos económicos, sino que todos los campos de existencia del hombre de estas tierras: La integración latinoamericana. Es ésta una empresa inscrita con caracteres prioritarios en la agenda de los que en estos territorios tenemos responsabilidades de gobierno.

La experiencia internacional demuestra que la ciencia y la tecnología constituyen ejes centrales para un crecimiento económico traducido en aumentos constantes de la productividad y competencia, y reflejado -de guardarse los parámetros humanistas que propugnamos- en progreso social, mayor empleo y mejor calidad de vida.

El gobierno de Chile está promoviendo políticas de desarrollo científico y tecnológico, y buscando estimular la creatividad académica. Pero este esfuerzo no es suficiente: requerimos además de un proceso horizontal de cooperación científica y tecnológica con todos aquellos países, como los nuestros, que enfrentan desafíos similares. Pensando en nuestra tradición de colaboración, estoy convencido de que -en este dominio- la cooperación chileno-brasilera es fundamental.

No agrego nada nuevo -o nada que vosotros no apreciéis en su justo valor- cuando os digo que en múltiples reuniones con intelectuales, científicos y académicos chilenos, me han insistido en la necesidad de enriquecer sus vinculaciones con la comunidad científica y académica del Brasil.

No ignoran ellos el diálogo que han sostenido en el pasado, por encima de las fronteras territoriales, con los hombres de pensamiento de vuestra patria, buscando las raíces de nuestra común unidad, expresando los anhelos de nuestros pueblos e investigando el mundo natural y la realidad social que compartimos en las peculiaridades propias de cada nación. Ellos valoran altamente estos contactos, pues aprecian los significativos avances logrados por vosotros en diversos planos del saber, de la investigación y la gestión científica.

Tampoco olvidan nuestros académicos, compatriotas míos, a los incontables intelectuales y universitarios brasileros que por diversas circunstancias de la vida han enriquecido la vida cultural de Chile y han dejado, junto al recuerdo imborrable de su fraternidad, un testimonio de ideas y conocimientos que resalta en medio de la pluralidad de voces con las que habla América Latina.

Al recordarlos a ellos, quiero renovar la invitación a vuestros académicos y estudiantes, a vuestras universidades, y muy en especial a esta Universidad de Brasilia, que hoy generosamente me ha acogido, para que continúen este diálogo por encima de las fronteras, y para que compartan, en el trabajo común, el futuro de nuestros pueblos hermanos.

Muchas gracias.

* * * * *

BRASILIA, 26 de Julio de 1990.

MLS/EMS.